

Ana Vian Herrero. *El indio dividido. Fracturas de conciencia en el Perú colonial (Edición crítica y estudio de los «Coloquios de la verdad» de Pedro de Quiroga)*. Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana-Vervuert, 2009, 572 pp.

Con *El indio dividido*, Ana Vian Herrero —profesora de la Universidad Complutense— ha llevado a cabo una profunda revisión y puesta al día de la vida de Pedro de Quiroga y de sus *Coloquios de la verdad*—cuyo texto también se edita aquí—, llevando a cabo esta labor con un rigor modélico y unos resultados inmejorables. El libro que ahora reseñamos se distribuye, pues, en dos grandes partes: la primera corresponde al estudio introductorio (pp. 7-328) —sólido y abarcador—, en tanto que la segunda está consagrada a la edición crítica —completa y ajustada— de los *Coloquios de la verdad* de Pedro de Quiroga (pp. 329-529). En las páginas finales se encuentran los apéndices complementarios (pp. 531-572).

La «Introducción» está organizada en cinco grandes capítulos, algunos de ellos —especialmente el cuarto— con sus correspondientes subdivisiones. En el primero, Ana Vian informa sobre los motivos que le han impulsado a realizar este trabajo y la manera en que lo ha llevado a término. El segundo está dedicado a establecer la biografía actualizada de Pedro de Quiroga. En el tercero se estudia el ambiente histórico-social e ideológico del Perú colonial en el siglo XVI. El capítulo cuarto es el más extenso de todos y en él se analizan los *Coloquios de la verdad* bajo diferentes perspectivas, que más abajo precisamos. En el último capítulo se especifican las cuestiones ecdóticas propias de una edición crítica rigurosa como la que analizamos.

En el capítulo primero —titulado «Preliminar» (pp. 9-12)— Ana Vian, tras presentar un sucinto panorama de las opiniones críticas sobre los *Coloquios* de Quiroga, subraya la ambivalente condición de la obra, que exige abordarla desde su doble vertiente histórica y literaria, y confiesa que en su libro «los *Coloquios de la verdad* de Quiroga van a analizarse desde las herramientas interpretativas que ofrece la moderna teoría del diálogo, sin cuyo auxilio estos *Coloquios* y otros muchos nunca podrían desvelar por completo su significación, ni para la literatura, ni para la historia, ni para la ideología o la historia de las mentalidades» (p. 11). Y concluye especificando los grandes bloques que van a constituir los capítulos siguientes de su estudio introductorio.

El capítulo segundo —«El autor» (pp. 13-41)— está consagrado a poner al día el perfil biográfico de Pedro de Quiroga. Con un cuidadoso y abundante despliegue documental —proveniente sobre todo del Archivo Histórico Nacional y del Archivo de Indias—, la profesora Vian Herrero va confirmando o corrigiendo datos biográficos de Quiroga ya aportados con anterioridad por otros investigadores, al tiempo que añade otros nuevos, trazando así la trayectoria vital del autor, cuyos datos esenciales se resumen en que debió de nacer en Medina del Campo poco después de 1510 y nada sabemos de su primera etapa de residencia en España; pasó al Perú, donde se dedicó durante casi veinte años a la evangelización de los indios, posiblemente como fraile franciscano; volvió a la metrópoli y, al final de la década de los sesenta, debió de redactar sus *Coloquios de la verdad*; en 1570

regresa al Perú como canónigo del Cuzco e inmediatamente es nombrado comisario inquisitorial, participando como visitador en la campaña de extirpación de prácticas de idolatría dirigida por el virrey Francisco de Toledo; ya no volvió a la Península, pues murió en el Cuzco entre 1588 y 1592. El capítulo se concluye con una declaración de los motivos por los que la fecha de composición de los *Coloquios* debe retrasarse a los años 1569-1570, así como de la causa por la que la obra quedó manuscrita hasta 1922: el tema —la denuncia del comportamiento de los españoles con los aborígenes—, debió de chocar contra la política virreinal y provocar ciertas prevenciones en el Consejo de Indias que, empeñado en trazar una nueva política, miraba con mucha suspicacia cualquier publicación sobre la materia.

En el tercer capítulo introductorio —titulado «El tiempo» (pp. 43-95)— Ana Vian enmarca los *Coloquios de la verdad* en su contexto histórico-social e ideológico. El capítulo está dividido en dos partes, la primera de las cuales —«La política en el Perú colonial» (pp. 43-71)— se consagra a resaltar el entorno ideológico y los acontecimientos que ocurrieron en el Perú durante los años previos y coetáneos a la redacción de la obra que nos ocupa, ya que «una clave para la fechación y sobre todo para la interpretación de los *Coloquios* de Quiroga reside en la vinculación estrecha que tiene con la política que está en el ambiente y que instaurará el Virrey Don Francisco de Toledo por aquellos años» (p. 43). Efectivamente, en las páginas que siguen se nos refieren las tensiones existentes entre los conquistadores y los virreyes o gobernadores, quienes intentaban frenar los abusos de aquellos contra los indios mediante la aplicación de nuevas leyes. Con la subida al poder de Felipe II y la llegada del virrey Toledo al Perú en 1569, cambia la orientación política en la colonia —que se hace menos contemplativa con ciertos derechos de los indígenas, defendidos por Las Casas—, si bien, para frenar los atropellos a que había conducido el sistema de *encomiendas*, se arbitra una solución mediante la organización por *reducciones*, a través de las cuales los indios están censados y pretendidamente a salvo de expolios. Asimismo, se persigue el orden y la paz social mediante el sometimiento y utilización de los caciques o jefes locales indios y se implanta la Inquisición, sobre todo para evangelizar a los indígenas y vigilar la moralidad de los eclesiásticos y colonos. También se instaura un sistema de visitas generales —en las que participó Quiroga— para conocer los problemas sobre el terreno, comprobar la ejecución de las nuevas leyes, organizar censos, administrar los impuestos, predicar la religión y combatir los abusos de los encomenderos. Las nuevas medidas produjeron, sin embargo, efectos indeseables: la población indígena bajó ostensiblemente en poco tiempo y las conversiones no progresaban, por lo que se hizo necesaria una reforma financiera y administrativa, al tiempo que se encargaron relaciones históricas que justificasen los derechos de conquista, persiguiendo la difusión de las ideas lascasianas. La tarea política y legislativa del virrey Toledo le sobrevivió durante mucho tiempo y para ese ambiente se preparan los *Coloquios* de Quiroga, escritos inmediatamente antes.

En la segunda parte del capítulo tercero —titulada «El clero peruano y los problemas de evangelización: otra cara de la política virreinal» (pp. 71-95)—, Ana Vian se centra en el análisis del papel desempeñado por los hombres de Iglesia en la colonización del Perú, dado que esta cuestión toca de lleno a los *Coloquios* de

Quiroga. Aunque en la conquista y colonización los españoles reprodujeron esquemas y prejuicios sociales existentes en la Península, los clérigos se mostraron más abiertos a comprender la nueva realidad americana. Cuando Felipe II accede al poder, aún sigue planteado el debate en torno a la legitimidad y los modos de ocupación del Nuevo Continente. De manera particular, las órdenes religiosas —especialmente franciscanos y dominicos, con el padre Las Casas a la cabeza, y jesuitas, después— protagonizaron la defensa de los derechos del indio frente a los colonos y los funcionarios, provocando constantes enfrentamientos. A partir del establecimiento de los virreinos, «el Estado adopta una postura misional y centralizadora apoyando al clero en la defensa de los indios y enfrentándose a los colonos españoles», a fin de «evitar que aparezca una nobleza poderosa en Indias» (p. 73). Para su tarea evangelizadora, no exenta de numerosas dificultades, los misioneros necesitaban conocer las lenguas y culturas amerindias, de las que nos han dejado testimonios valiosísimos; igualmente, impulsaron un proceso de hispanización de los aborígenes, que la monarquía española se había encargado de promover. Precisamente, los *Coloquios* de Quiroga reflejan el ambiente que existía en el Perú durante el primer período de evangelización de los indios, que abarca desde la llegada de Pizarro en 1532 hasta la conclusión del III Concilio de Lima en 1583. Durante estos años aparecen y se difunden una serie de obras —muchas de ellas catecismos— en las que pueden percibirse una cierta influencia erasmista y unos planteamientos que intentan adaptar la doctrina cristiana a las creencias religiosas de los indios. Junto con ello, en las últimas páginas del capítulo se resume el proceso de la evangelización en el Perú, con sus avances y dificultades, durante el señalado período de 1532 a 1583.

El capítulo cuarto —titulado «La obra» (pp. 97-311)— es, con mucho, el más extenso de la introducción y está dedicado a estudiar los *Coloquios de la verdad* desde diferentes puntos de vista. En su primera parte —«Contexto literario» (pp. 97-107)—, Ana Vian analiza la progresiva acogida que el tema americano va teniendo en la literatura española del siglo XVI, en especial en el género de los diálogos, que —con muy diversa orientación y contenido— proliferaron tanto en la Península como en el Nuevo Continente, para ilustrar lo cual nos presenta, a manera de resumen, un panorama de la literatura de mayor éxito en el Perú de aquel momento —en el que se inserta la obra de Pedro de Quiroga—, lo cual «permite afirmar que el diálogo fue uno de los géneros literarios predilectos para atender a los problemas que el Nuevo Mundo suscitaba» (p. 102). La segunda parte —«Tradición historiográfica y literatura de avisos» (pp. 108-119)— está destinada a reflejar la concepción de la historia en el siglo XVI, momento en el que se amalgama toda una tradición de escuelas, tendencias e historiadores de la antigüedad grecolatina, que —junto a una literatura de avisos, especialmente prolífica en Perú durante la conflictiva década de 1560 a 1570— influye de manera decisiva en la materia histórica de los *Coloquios de la verdad*, donde se refiere la conquista y la colonización «desde el *otro* lado, desde lo indiano y, más aún, a veces desde lo incaico» para que sirva «de aviso espiritual en forma de conversación, que suma los puntos de vista del indígena y del predicador cristiano a través del artificio literario del diálogo» (p. 119).

En la tercera parte de este capítulo —«La retórica testimonial de Pedro de Quiroga» (pp. 119-128)— Ana Vian pone de relieve la intención del autor de los *Coloquios de la verdad* —denuncia de las dificultades en el proceso de evangelización y de los abusos que los indios padecen—, rastreable en las piezas paratextuales del libro —el título, los sumarios y, sobre todo, la epístola-dedicatoria—, en las que señala los recursos retóricos empleados con tal finalidad. El apartado cuarto —«Tradicón literaria: antiguos y modernos» (pp. 129-141)— se consagra a señalar los autores clásicos y contemporáneos que influyeron estructuralmente en la composición de los *Coloquios* de Quiroga, indicando aquellos aspectos que marcaron la obra con una huella más perceptible: Luciano de Samósata —directamente o a través de Bartolomé de las Casas—, principalmente, y quizás Tácito y algún otro, entre los antiguos; y entre los modernos, fray Antonio de Guevara —en especial, el episodio del villano del Danubio, recogido en su *Marco Aurelio* (1528) y trasladado al *Reloj de príncipes* (1529)—, Jerónimo de Contreras —específicamente un pasaje del relato bizantino titulado *Selva de aventuras*— y, de manera más difusa, los escritos del Padre Las Casas y la narración picaresca del *Lazarillo de Tormes*; por último, entre las fuentes sagradas destacan las citas extraídas de la Biblia, con predominio del Nuevo Testamento sobre el Antiguo.

En la parte quinta —«Alcance y límites del lascasianismo de Quiroga» (pp. 141-169)— se abordan cuestiones relativas a aquellos principios defendidos por Bartolomé de las Casas, Francisco de Vitoria y la Escuela de Salamanca —acerca de la conquista y evangelización de los indios— que pueden rastrearse en los *Coloquios de la verdad*, principios sobre los que los críticos no terminan de ponerse de acuerdo a causa de la ambigüedad de la obra, al tratarse de un diálogo en el que —como suele suceder en este tipo de escritos— los personajes defienden diferentes puntos de vista que cambian a lo largo de la discusión. A fin de evitar esta dificultad, Ana Vian defiende que «cualquier síntesis sobre el punto de vista del autor, y no de sus criaturas, debe ir acompañada de un análisis retórico de la forma de la argumentación [...], un análisis *global* de la argumentación y de cómo ésta evoluciona de principio a fin», sin perder nunca de vista el estudio de la obra «en su estricto contexto ideológico» (pp. 143-144). Para ello desarrolla un completo panorama de las polémicas desatadas en la época en torno al descubrimiento y colonización de América y —en contraste con las teorías lascasianas y derivadas— deslinda coincidencias y desacuerdos presentes en la obra de Quiroga, lo cual sirve para «ilustrar sobre sus intenciones y propósitos de escritura, y sobre el momento en que todo ello se produce» (p. 153).

El apartado sexto —«Género literario» (pp. 169-311)— es el más dilatado y minucioso del ya de por sí extenso capítulo cuarto de la introducción. En él Ana Vian se detiene a estudiar las características del género dialógico que conforman la obra de Quiroga. Señala, en primer lugar, el modelo lucianesco que le sirve de base y los elementos en que Quiroga se separa del Samosatense, para anunciar a continuación el análisis de cuatro aspectos genéricos cruciales: el marco, los personajes, la argumentación y la lengua literaria. Por lo que respecta al marco, describe las circunstancias espacio-temporales del diálogo, muy escuetas y desveladas de forma paulatina en la conversación de los personajes. En lo tocante a

estos, Quiroga los ha caracterizado como representación de tipos sociales de la colonia: Barquilon es el colono asentado, luego arrepentido y convertido en anacoreta; Justino personifica al *chapelón* o soldado recién llegado de la metrópoli; Tito, un indio inca, encarna a los aborígenes sojuzgados y avasallados por los españoles; este, por último, aparece acompañado por Cayo, congénere que actúa como *sombra* o personaje mudo. Y a partir de aquí, la profesora Vian realiza toda una serie de consideraciones sobre el sentido y función de los protagonistas del coloquio, especialmente de los dos más destacados, Barquilon y Tito.

Un aspecto estudiado con detenimiento en este apartado —como hemos dicho antes— es el de la argumentación, que en una obra como esta —cuya esencia se basa en la confrontación polémica de unas ideas— vale tanto como sintetizar su contenido en función de esquemas retóricos; por este motivo, la profesora Vian nos conduce paso a paso por el proceso argumentativo de la obra —en el que cada personaje representa un papel complejo y caleidoscópico— y las técnicas empleadas para desarrollarlo. En el debate, con su final abierto, la posición de Quiroga sería «la del pirronista historiográfico que ante la evidencia de conflicto o de dificultad para asegurar un conocimiento cierto entre varias opiniones subjetivas, se limita a presentar los puntos de vista hurtando la propia opinión, que deberá deducir el receptor de los planteamientos expuestos» (p. 227). Al análisis de ese pirronismo moderado —defensor del relativismo epistemológico y de evitar los juicios categóricos—, que le llega a Quiroga principalmente a través de Luciano, dedica Ana Vian las últimas páginas destinadas al análisis de la argumentación.

La última sección del apartado relativo al género de los *Coloquios de la verdad* se reserva al estudio de la lengua literaria del texto de Quiroga. Tras caracterizar —en términos generales— las peculiaridades estilísticas y los recursos retóricos empleados, Ana Vian precisa los rasgos lingüísticos más definatorios de la obra. Así, en el vocabulario —dejando aparte el léxico patrimonial castellano, como es lógico— destacan el frecuente empleo de americanismos y la inclusión de algunos párrafos en quechua, todo ello inserto en un castellano rico y normativo, que presenta una variedad de registros acordes con las necesidades de la argumentación y la tipificación de los personajes, aunque no deja de sorprender —por inverosímil y atentatorio contra el decoro literario— la perfecta utilización del castellano por parte del indio Tito. Se describe a continuación los usos particulares que caracterizan el castellano empleado en la obra —trufado a veces de fragmentos latinos procedentes de citas bíblicas—, en el que se distinguen dos usos estilísticos, sometidos a la función argumentativa de cada momento y empleados indistintamente por los dos personajes principales, Barquilon y Tito: el estilo medio y sublime —altamente oratorio y muy elaborado retóricamente, encaminado a conseguir la adhesión a ciertos valores— y el estilo natural o espontáneo —sencillo y escueto, adecuado para las controversias y enfrentamientos dialécticos—. Por lo que toca al empleo del quechua —en que esporádicamente habla el indio Tito—, tras exponer el estado y tratamiento que recibieron esta y otras lenguas amerindias —utilizadas, sobre todo, como instrumento de evangelización por los predicadores españoles—, la profesora Vian reproduce y analiza —en especial, desde el punto de vista lingüístico y literario— los cuatro pasajes de esta lengua puestos en boca del indio Tito —con sus

correspondientes traducciones al castellano—, de los que hay que resaltar que son «un testimonio literario temprano de quechua escrito, cuyo valor documental para la reconstrucción histórica debe ser reivindicado» (p. 311).

En el último capítulo de la introducción —«Transmisión del texto y criterios de edición» (pp. 313-328)—, Ana Vian realiza, primero, una descripción pormenorizada de los testimonios existentes de los *Coloquios de la verdad*, tanto manuscritos como impresos —solo dos testimonios en ambos casos—, y pasa después a declarar los criterios de edición utilizados en la publicación de la obra de Quiroga —todos ellos coherentes y rigurosos—, que sigue a continuación.

La segunda parte del libro corresponde a la edición de los *Coloquios de la verdad* de Pedro de Quiroga (pp. 329-529). Ana Vian ha transcrito el texto —como se ha dicho— con rigor y coherencia y lo ha acompañado con un extenso y erudito aparato crítico de notas de diversa índole: léxicas, lingüísticas, históricas, literarias, de fuentes y, especialmente, de contextualización de los contenidos mediante la alegación de otros textos paralelos de autores contemporáneos que complementan la comprensión de lo que Quiroga va exponiendo en su obra a través de los personajes que en ella dialogan; igualmente, ha incorporado a las notas las aportaciones pertinentes de las ediciones anteriores: la de Zarco Cuevas (1922) y la de Rípodas (1992). La obra se remata con un anexo —«Aparato crítico» (pp. 531-536), en el que se relacionan las variantes textuales existentes entre el texto editado por Ana Vian y el preparado en su día por Zarco Cuevas— y una amplia e ilustrativa «Bibliografía de obras citadas» (pp. 537-572).

Aunque hemos intentado resumir aquí los datos e ideas más sobresalientes de *El indio dividido*, resulta imposible de todo punto reseñar la multitud de asuntos y sugerencias que nos brinda esta densa y dilatada monografía sobre la vida y obra de Pedro de Quiroga, en la que Ana Vian Herrero nos ofrece, además, una edición sólida y duradera —por su rigor filológico y su precisión histórica— de los *Coloquios de la verdad*, ejemplo señero del género literario del diálogo renacentista, manifiesto destacado del pensamiento político español y documento precioso para la historia de la conquista y colonización de América.

ANTONIO CASTRO DÍAZ
I.E.S. «TRIANA» (SEVILLA)